

que ha servido para denominar la señal de las manadas, de los rebaños de carneros, significa, como por antítesis, una virtud excepcional que singulariza a los hombres, esto es, los saca y distingue de la manada.

¿Qué es carácter como virtud?

Es el genio, es la disposición al bien, es la prudencia, es la justicia, es la fortaleza, es la templanza. En el catecismo del P. Ripalda se nos enseñó y explicó—cuando niños—que las cualidades matrices—digamoslo así—del alma son: prudencia, justicia, fortaleza y templanza; las mismas que, siglos antes de Jesucristo, Platón, en su precioso libro *La República*, dechado de concepción de repúblicas, declaró las propias virtudes para la existencia del hombre sabio, del hombre moral y político, y de toda sociedad. Así, pues el carácter—a mi juicio—es la virtud por excelencia comprensiva de toda moral superior.

Los verdaderos grandes hombres son grandes caracteres, que debemos imitar para aprender a practicar la mejor vida. Un hombre dispuesto al bien, y por consiguiente resuelto a mejorar su condición, querrá saber cómo debe arreglárselas para lograr su propósito. Y como imitando se aprende, aprenderá la mejor vida escogiendo para imitarlo, e imitándolo, aquel entre los grandes caracteres de la humanidad que más cualidades exhiba parecidas a su índole e inclinaciones. Y nada de lo propio—más que el mal—perdemos con seguir a un grande hombre, ni siquiera personalidad; antes bien la conquistamos, que si nuestra pobreza de intelecto y poquedad no da para más, algo, que es mucho, hemos conseguido en la tierra: ser esforzados imitadores de la grandeza, y no perdidos por el desconcierto de una vida sin idealidad ni sello de progreso; y si Natura, pródiga con nosotros, puso alas a la inteligencia y fabricó de diamantes el corazón ¡qué camino mejor y más rápido para descollar cuanto antes y remontarnos hasta llegar a ser imitados, que seguir al principio las grandes huellas! Ciertamente que de

por sí la vida es maestra sin rival; pero pide cruel experiencia; y más cuerdo es prevenir las caídas que aprender a tenerse firme cayendo; y ¡cuánto más seguro irá el pie en nuestra senda, si en la oscuridad de nuestra ignorancia desvalida nos alumbrara y conduce como Virgilio a Dante, un genio o un santo varón! Sepamos, pues, de la vida y notables hechos de los grandes caracteres y escojamos el que nos satisfaga más para apacentar nuestra mente, para confortar nuestra alma y para escudarnos con él en la acción.

Los verdaderos grandes caracteres han dejado libros que, como esas varitas mágicas de los cuentos de hadas, crean dentro de nosotros cerúleos paisajes, emociones dulces, encanto, bienestar, anhelo de una vida superior dignificada por un fuerte impulso hacia el bien sublime; que poseen efectivamente la virtud de empujarnos a acometer grandes empresas y de elevarnos a las excelsas regiones en donde el hombre ciñe su frente con una guirnalda de estrellas. Algunos no han escrito, pero la Historia relata sus hechos memorables, que el espíritu contempla maravillado y complacido, como pruebas irrefutables, en el mar de vulgaridad y pequeñeces, de que arde en el hombre el soplo divino, lo cual le reconcilia consigo mismo, le presta satisfacción de vivir, y, aunque por momentos tan sólo, le hace abismarse en el infinito de que ha salido y a donde volverá ineludiblemente.

Carácter y verdad, valor y entereza y perseverancia, todo junto es carácter, que excluye la doblez, el miedo, la flaqueza, la inconstancia.

En los tiempos que alcanzamos corre el mundo desalado tras el oro, y por éste privan el engaño, la traición, la cobardía; y las fortunas deslumbran, con tan inmundos soldados conquistadas. Pero el brillo del oro no empaña el brillo del carácter, y los millonarios mismos besan el polvo o se desvanecen como los fuegos fatuos en la luz del sol, frente a los grandes caracteres, porque el brillo de la virtud excelsa, aun en medio de la corrupción de Ba-